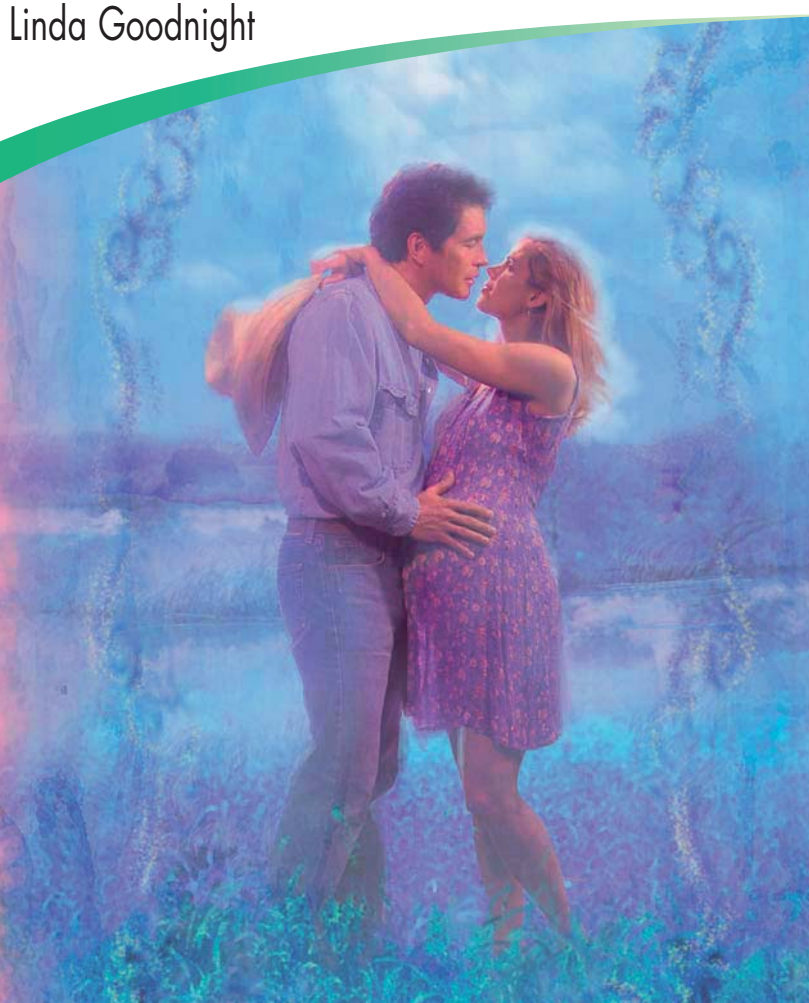
HARLEQUIN®

Jazmín®

Cuando nos besamos

Linda Goodnight



Cuando nos besamos

Linda Goodnight

Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2006 Linda Goodnight. Todos los derechos reservados.
CUANDO NOS BESÁMOS, Nº 2025 - agosto 2010
Título original: Sometimes When We Kiss
Publicada originalmente por Silhouette® Books
Publicada en español en 2006

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con permiso de Harlequin Enterprises II BV.
Todos los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia.
® Harlequin, logotipo Harlequin y Jazmín son marcas registradas por Harlequin Books S.A.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

I.S.B.N.: 978-84-671-8906-3
Editor responsable: Luis Pugni

CAPÍTULO 1

MONTAR a caballo era como montar en bicicleta. Si te caes, tienes que volver a subirte.

Shannon Wyoming puso un pie en el estribo, se agarró a la montura y saltó sobre uno de los pocos caballos que no entendían que ella iba a montarlo.

No importaba que tuviera el trasero morado, Shannon nunca paraba hasta conseguir dar lo mejor de sí misma. Durante un instante, pensó que lo había conseguido, que el espíritu cabezota de Apolo había cedido. Sin embargo, en seguida, el animal curvó la espalda como si fuera un gato y dio un salto con las cuatro patas. Pero ella era una experta. No pasaba nada. Se calmaría en un minuto.

A los quince segundos, Apolo cambió su táctica. Lanzó al aire las dos patas traseras con tal fuerza que cualquier campeón de los rodeos podría haber caído. Pero Shannon consiguió mantener el equilibrio. Sin embargo, el giro brusco que dio a continuación, la lanzó por los aires como si fuera una bala humana.

Cayó boca abajo y casi se ahogó con la arena. Apartó la cara para poder respirar y permaneció allí tirada un buen rato, sin poder moverse. Sabía que Apolo no se le iba a acercar. Al contrario, lo más probable sería que se hubiera ido a la otra punta de la cerca.

Oyó un mosquito zumbándole la oreja y una mosca de burro amenazó con picarle en la cara así que decidió que tenía que levantarse. Escupió un montón de tierra e intentó abrir los ojos. Lo primero que vio fue un par de botas desgastadas y cubiertas de polvo. Botas de piel de serpiente.

Fantástico. No sólo le habían tirado como si fuera una marioneta sino que tenía que sufrir la humillación de tener un testigo.

Ahogando un quejido, se levantó. Se sacudió los vaqueros y la camisa y se pasó una manga por la cara para intentar ver quién estaba apoyado en la valla, mirándola indolentemente.

Todos los músculos del cuerpo de Shannon se pusieron en tensión. Un rayo no le habría sorprendido tanto como ver a Jackson Kane. ¿Cuándo había vuelto a Rattlesnake? ¿Y qué estaba haciendo allí, en su rancho, donde sabía que no sería bienvenido?

No había cambiado mucho desde la última vez que lo había visto.

Alto y con los hombros muy anchos, su aspecto era oscuro y sexy y aún conseguía hacer que ella sintiera cosas extrañas en el estómago lo

cual la enfurecía hasta el punto de mostrarse grosera. No quería hablar con él, ni siquiera ahora; no quería fijarse en su boca, increíblemente seductora, mientras masticaba una paja. Tampoco quería fijarse en las líneas alrededor de sus ojos negros.

Pero lo vio todo. Maldición.

–¿Qué quieres? –preguntó colocándose en jarras.

Entonces, él sonrió, lentamente y con insolencia, como si supiera cuánto le afectaba su presencia después de tanto tiempo.

Se sacó la paja de la boca mientras la miraba de arriba abajo.

El corazón de ella se paró y luego corrió acelerado mientras su cara se ponía roja como la grana.

Él la señaló con la paja y, entonces, ella se dio cuenta de que la paja no era sino una piruleta.

No pudo evitar una carcajada.

–Qué apropiado para ti, una piruleta.

Él abrió la valla y caminó hacia ella con el paso de un hombre acostumbrado a pasar mucho tiempo sobre un caballo y con la determinación de una persona segura de sí misma. Se metió la mano en el bolsillo de la camisa y sacó otra piruleta.

–¿Quieres una? –le dijo ofreciéndosela.

Ella lo miró con suspicacia.

–¿Es ésa tu idea de una pipa de la paz?

–¿La necesito?

Ella le quitó el caramelo de la mano.

–Necesitarás mucho más que esto.

La boca de él se torció con una sonrisa y en su mejilla aparecieron dos hoyuelos.

–Entonces, devuélvemela.

Cuando Jackson le rompió el corazón, ella sólo era una niña.

Le quitó el papel a la golosina y se la metió en la boca. El sabor dulce de la fresa no endulzó la situación.

–Algunas cosas, una vez que se dan, no se pueden devolver. ¿Acaso lo has olvidado?

Aquel comentario le borró la sonrisa de la cara. Bien. No quería que se divirtiera a su costa. Nunca más. Porque las cosas que ella le había dado, las que había perdido por su culpa, eran algo que le dolían demasiado para bromear.

Dio media vuelta para alejarse de su presencia perturbadora y se puso a buscar su sombrero. Apolo estaba al lado de la entrada del granero, mirándola con precaución. Conforme avanzaba la mañana, el calor iba en aumento y a ella le corrió una gota de sudor por el cuello. Le dio un manotazo a un mosquito que había encontrado su sudor atrayente.

–¿Estás buscando eso? –dijo Jackson señalando con la pirueta a un precioso sombrero que una vez había sido blanco y que estaba aplastado en la arena a escasos centímetros de él. Un caba-

llero lo habría recogido, pero Jackson no era un caballero. Permaneció allí de pie, con aquella postura arrogante y aquella sonrisa en la cara.

Ella fue a recogerlo y, después, se dirigió hacia el caballo. Estaba muy enfadada con él, pero no merecía la pena. El doctor Evertswas iba a pagarle una buena suma para que lo domara. Se acercó lentamente al animal, agarró las riendas y lo sacó de la cerca, alejándose de Jackson Kane y llevándose los recuerdos de su pasado juntos con ella.

–¡Shannon!

Ella oyó las pisadas de sus botas acercándose. Debería haberse imaginado que no iba a ser tan fácil librarse de él. Después de diez años, tenía que tener un motivo para aparecer por allí.

–No dejes que la cancela te golpee en el trasero al salir –gritó ella por encima del hombro.

Él llegó a su lado.

–Deduzco que todavía estás enfadada.

Ella se paró a la entrada del establo. A su lado, parecía un gigante. Se había olvidado de lo alto que era, de que hacía que ella pareciera pequeña. Cuando había sido una adolescente enamorada su tamaño le había ofrecido seguridad. Ahora de adulta, la ponía nerviosa.

–Eres sorprendente, ¿lo sabías? –le dijo dedicándole una mirada fría.

Él levantó las cejas.

–Eso es lo que me dicen todas.

–No era un cumplido. ¿Qué haces aquí?

Él agarró las riendas del caballo y lo llevó hacia una de las cuadras. Después comenzó a quitarle la silla.

Shannon lo siguió muda, intentando concentrarse en el olor de la alfalfa para no pensar en él.

–Te he hecho una pregunta muy clara.

–De acuerdo –dejó de aflojar las cinchas y se metió la piruleta en un lado de la boca. Ella, sin querer, hizo lo mismo. Su boca experta siempre le había fascinado.

–Tu abuelo pensó que no te vendría mal algo de ayuda. Yo estaba disponible así que me contrató.

–¿Tú? ¿Disponible? ¿Qué ha pasado con los rodeos? –se obligó a no pensar en aquella parte que decía que estaba contratado. Para trabajar con ella, imposible.

–Todos mis amigos se han asentado –dijo con una sonrisa mientras dejaba la montura en su sitio–. Así que me he retirado.

–¿Por qué no te vas a Wyoming?

–Allí no conozco a nadie. La mayoría de mi familia se ha marchado. Además, mi tía está aquí.

Shannon conocía a la tía abuela de Jackson, trabajaba en la frutería del pueblo, aunque debía de tener unos setenta años.

–Pensé –continuó Jackson– que a mi tía le vendría bien tener un familiar cerca. Además, Colt y Jett me dijeron que no me costaría encontrar trabajo

Abrió la puerta del establo y sacó al caballo al corral.

–Entonces, vete a trabajar para ellos.

Los hermanos Garret eran dos vaqueros de los rodeos retirados que ahora poseían el rancho más grande de la zona. Jackson y Jett habían sido compañeros de viaje hasta que un accidente obligó a este último a retirarse.

–No te necesito y tampoco te quiero en mi rancho.

–Mira, Shannon, ¿no podemos dejar las cosas del pasado en el pasado? Entonces, sólo éramos unos críos. Si te hice daño, no me di cuenta.

Ella se puso muy tensa.

–No me hiciste daño. Me volviste loca. Nunca me habían dejado plantada.

–Yo no te dejé plantada.

–¿Ah, no? ¿Entonces cómo se dice cuando un tipo le dice una chica que la recogerá más tarde y luego nunca aparece?

–Shannon –la voz de él sonó casi como un susurro–. No te enfades.

¿Y cómo era posible que aquel hombre al que no había visto en diez años pudiera volver a su vida y ella se sintiera como si nunca se hubiera marchado?

Sí, sólo eran unos críos; estúpidos e imprudentes que no habían considerado las consecuencias de sus acciones.

Él era un vaquero de los rodeos así que ella ha-

bía sabido muy bien que no se quedaría y se había prometido a sí misma que no le dolería que se fuera. Y así habría sido si no hubiera sido por lo que había dejado atrás.

–Todo aquello sucedió hace mucho tiempo, Jackson. No estoy enfadada. No estoy dolida. Simplemente he crecido.

–Entonces, ¿a qué viene este recibimiento?

–Quizás me haya sorprendido verte después de todo este tiempo.

Él sonrió.

–Quizás.

–Estoy demasiado ocupada con el futuro para volver al pasado así que, si no te importa... –con una mano señaló al corral, al establo y a la modesta casa de ladrillo rodeada de pinos–. Tengo trabajo que hacer.

–¿Qué tengo que hacer?

–¿Perdón?

–Estoy aquí para trabajar, ¿te acuerdas? Tu abuelo me contrató.

Shannon lo miró pensativa. Aunque había crecido allí, su abuelo era el propietario. Hacía seis meses que había sufrido un infarto y ahora ella llevaba el rancho. Que hubiera contratado a Jackson la fastidiaba; pero hacía tiempo que habían decidido buscar a alguien y el abuelo no podía saber que Jackson sería un problema para ella. Después de todo, su aventura había sido hacía mucho tiempo.

Sí, necesitaba ayuda; pero, Jackson no podía ser.

–Entonces, será mejor que él te diga lo que tienes que hacer. Yo no te necesito.

Jackson se sacó el palo de la pirueta de la boca mientras mordía el último trozo de caramelo.

–Me dijo que necesitabas ayuda para domar a los nuevos caballos y, por tu aspecto, yo diría que tiene razón.

–He aguantado encima de él más de ocho segundos –dijo señalando al caballo–. En un rodeo, habría ganado dinero. ¿Y tú?

–Me imagino que tendré que demostrártelo.

–Me imagino que no –dijo ella–. Mi trabajo consiste en domar caballos. Ese caballo es especial, más difícil que la mayoría; pero le prometí a su dueño que acabaría siendo tan dócil como un perro. Mantendré mi promesa por mucho que me cueste.

–Ahora hay nuevas técnicas. ¿Las has probado?

Ella se movió incómoda por el calor y por la idea de que él pensara que no tenía ninguna técnica.

–¿Qué haces? ¿Susurrar a los caballos o algo así?

Él sonrió, mostrando aquellos hoyuelos insolentes.

–Quizás.

–Bueno, yo sé lo que me hago. Mi abuelo me

ha enseñado a domar caballos desde que era pequeña. Sus métodos funcionaban entonces y funcionan ahora. No necesito un vaquero de los rodeos convertido a psicólogo de caballos que me diga cómo piensan los caballos y por qué actúan como lo hacen. Para domar a ese potro sólo necesitó un poco de tiempo.

–¿Te importa si lo intento?

–Sí. De hecho, me importa.

Él iba de rodeo en rodeo; pero no se dedicaba a la doma profesional. Ella sí.

Él se encogió de hombros.

–Como quieras. Voy a cobrar un salario tanto si trabajo como si no.

–Considérate despedido.

–Mira –no parecía molesto en absoluto–, tu abuelo me contrató. Él es el que tiene que despedirme.

–Hablaré con él.

Jackson se apoyó en la que valla y sacó otra pirueta del bolsillo.

–Ve. Te esperaré aquí.

Jackson se echó el sombrero para atrás y se quedó mirando su precioso trasero enfundado en unos vaqueros ajustados mientras caminaba hacia la casa. La parte desgastada entre los bolsillos por culpa de las horas que pasaba en la montura era realmente atractiva. Aunque no pensaba decirle

eso a la dulce Shannon. Lo más probable sería que le diera un puñetazo en la nariz.

Había cambiado mucho en diez años; pero él no se estaba quejando. A los dieciocho había sido una niña, fresca y llena de promesas. Las promesas se habían cumplido. Ahora era una mujer, con las curvas bien puestas, y ácida. Le gustaban las mujeres con carácter. Shannon, con sus ojos azules y su pelo rubio, apenas le llegaba al bolsillo de la camisa; pero sabía hacerse valer. Y estaba deseando ponerla a prueba de una manera más práctica.

Pero primero tenía que lograr que ella cambiara de actitud hacia él. No sabía que fuera a estar tan molesta con él. De acuerdo, se lo habían pasado bien juntos; pero nunca habían hablado de amor. ¿Amor? Tembló a pesar del calor del día. Él sólo tenía diecinueve años el verano que pasaron juntos y todavía no sabía nada del amor. A decir verdad, ahora que tenía casi treinta seguía sin saber nada de aquella complicada emoción.

Y tampoco quería saber.

Él sólo sabía de caballos. Y el abuelo de ella tenía tan buen sentido común que había decidido contratar a un experto. Quizás a Shannon no le gustaran los cambios, pero sus ideas estaban anticuadas.

Él, sin embargo, había pasado años estudiando con los mejores susurradores de caballos, apren-

diendo sus técnicas, añadiendo alguna idea suya. Y era bueno, aunque pocos lo sabían.

Por el momento.

Pero aquello iba a cambiar.

Desde que descubrió que su tía Bonnie tenía problemas financieros, decidió volver a Rattlesnake para ayudarla. Después de todo, ella había estado allí cuando él la necesitó. A los cuatro años, su madre se había marchado dejando a su padre sorprendido y con un niño en brazos. Lo más sorprendente era que Bonnie era la tía de su padre; no, la suya. Pero había organizado toda su vida para criarlo. Había dejado su trabajo e incluso había esperado para casarse hasta que Jackson pudo valerse por sí mismo. Le debía mucho.

No tenía mucho dinero, pero nadie iba a cerrarle la casa a su tía. Ese trabajo lo ayudaría. Y también ayudaría a lanzarlo hacia su sueño. Aún no había hablado con nadie del asunto; pero, algún día, tendría su propio rancho de doma de caballos y la gente vendría de todo el país para que él les enseñara sus métodos y para que adiestrara a sus animales más rebeldes. De momento, tenía que ayudar a su tía Bonnie con la casa y asegurarse de que no le faltaba nada en su vejez. Era lo mínimo que podía hacer.

El caballo pinto al que Shannon llamaba Apolo estaba caminando de un lado a otro de la cerca, mirándolo con nerviosismo. Jackson mordió la pirueta y contuvo una sonrisa. El animal tenía